

## UNA EXCURSION POR LA SIERRA DE BADAYA

Sirviendo de límite a la llanada alavesa en su parte occidental, tenemos las altas tierras que comprenden la sierra de Badaya, formada por las últimas estribaciones, hacia el mediodía, de la gran masa montañosa del coloso Gorbea. En su parte más elevada se extiende amplia meseta que desciende suavemente hacia oriente hasta alcanzar las tierras bajas de la llanura vitoriana, estando cubiertas estas laderas (¿hasta cuándo, señores de la tronzadera y el hacha?) por espléndidas y seculares encinas de rugoso tronco y hoja perenne. Por el contrario, esta planicie se eleva en el borde opuesto para descender bruscamente, casi cortada a pico, sobre el recogido valle de Cuartango.

La travesía de este macizo puede iniciarse desde la aldea de Huetto Abajo, a la que llegaremos por la carretera de Ali, aprovechando cualquier medio de locomoción, pues solamente dista de Vitoria once kilómetros. Del citado lugar, seguimos el camino que pasa al lado de la ermita de Ntra. Sra. de Ubarriarán, trasponemos la barrera de madera que sirve de puerta al cercado de piedra que guarda el paso del ganado, y, ascendemos, por duro suelo de resbaladiza cayuela, entre hermoso encinar, hasta alcanzar el collado donde se encuentra el pozo de Loyate, seco la mayor parte del año. En este paraje, precisamente al término de la única heredad que existe por aquellos contornos, cambiamos por completo de dirección, continuando en sentido perpendicular al que hasta ahora hemos traído. A los tres cuartos de hora desde el punto de salida, caminando siempre entre arbolado más o menos espeso, lle-

gamos a la ermita de Santa Marina, en cuyas inmediaciones tenemos una charca o pozo, que sirve de abrevadero al ganado, y una escondida fuente de escaso caudal y mediana calidad.

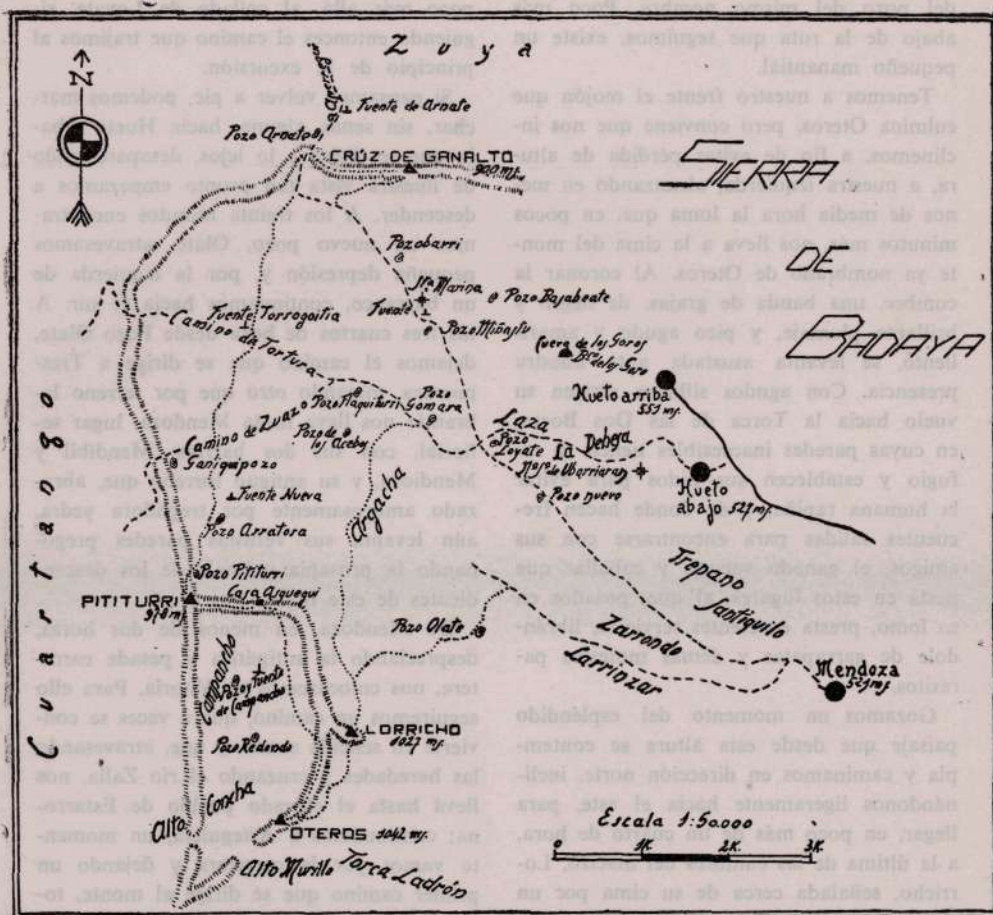
El arbolado casi desaparece; marchamos entre enebros y brezos; a nuestra derecha dejamos Pozobarri, y, poco antes de llegar a la cornisa que tenemos al frente, abandonamos el camino y ascendemos hasta la altura de la Cruz de Ganalto, señalada por una cruz de hierro, colocada hace algunos años por la Excursionista «Manuel Iradier» sobre las ruinas de la base donde se asentaba otra que, en tiempos anteriores, coronaba este monte. A nuestra vista se extiende el valle de Zuya y las tierras de Urcabustaiz, así como las Peñas de Oro y el macizo del Gorbea con sus múltiples estribaciones, divisándose a lo lejos las cresterías rocosas que dominan los ayuntamientos de Orduña y Ayala.

Descendemos por la loma hasta el pozo de Arnate. Al sur, a bastante distancia, la meseta se eleva alcanzando sus mayores altitudes: Pitirurri, sobre Cuartango; Oteros, la mayor elevación de la sierra, dominando Montevite y Ollabarre, y Lorritxo, hacia el este, espléndido mirador abierto a las onduladas tierras de nuestra llanada.

Fijemos la vista en Pitirurri y, dejando a nuestra derecha la cornisa que con sus altibajos y pronunciadas curvas haría penosa la marcha por ella, seguiremos, sin sendero marcado, procurando guardar el mismo nivel de altura, por terreno pedregoso mezclado con suelo de tierra en el que destacan grandes manchas de verde

hierba. A los veinte minutos, aproximadamente, un montón de sueltas piedras coronadas por un par de estacas, llama nuestra atención, señalándonos el afloramiento del manantial de Torrogoitia, cuyas aguas, abundantes y frescas, surgen en profundo hoyo para, a los pocos metros, ocultarse

frido hace más de tres lustros, para, pasando cerca del pozo de Arratora, al cabo de una hora de marcha desde Arnate, llegar al de Pititurrri, sobre el que tenemos la altura del mismo nombre, que domina, como ya hemos indicado, el ayuntamiento de Cuartango, con sus pueblitos de escasas



nuevamente entre peñascos, desapareciendo en las profundidades de la tierra.

Cruzamos el camino que se dirige a Tortura; poco más allá el que baja hacia Urbina y Zuazo de Cuartango; en seguida dejamos a nuestra izquierda un pequeño bosquecillo de robles, restos de la vegetación que antaño cubría esta zona y que desapareció en el pavoroso incendio su-

viviendas, que parecen, desde estas alturas, como abrazados por sus tierras labrantías, y que, dormidos en su sosiego de siglos, están pregonando con sus iglesias románicas, el joyel arqueológico de la provincia, exhibiendo la cultura de remotas civilizaciones.

Abandonamos la crestería y, hacia oriente, pronto veremos la casa de Asquegui,



punto de reunión anual de los dieciocho pueblos que ejercen jurisdicción sobre los pastos de la sierra. De aquí marchamos nuevamente paralelos a la cornisa que antes abandonamos, bordeando a media ladera la depresión de Campancho, en cuyo fondo brillan a los rayos solares las aguas del pozo del mismo nombre. Poco más abajo de la ruta que seguimos, existe un pequeño manantial.

Tenemos a nuestro frente el mojón que culmina Oteros, pero conviene que nos inclinemos, a fin de evitar pérdida de altura, a nuestra izquierda, alcanzando en menos de media hora la loma que, en pocos minutos más, nos lleva a la cima del monte ya nombrado de Oteros. Al coronar la cumbre, una banda de grajas, de negro y brillante plumaje, y pico agudo y amarillento, se levanta asustada ante nuestra presencia. Con agudos silbidos dirigen su vuelo hacia la Torca de las Dos Bocas, en cuyas paredes inaccesibles tienen su refugio y establecen sus nidos para evitar la humana rapiña, y de donde hacen frecuentes salidas para encontrarse con sus amigos, el ganado vacuno y caballar que pasta en estos lugares, al que, posados en su lomo, presta excelentes servicios, librándole de garrapatas y demás molestos parásitos.

Gozamos un momento del espléndido paisaje que desde esta altura se contempla y caminamos en dirección norte, inclinándonos ligeramente hacia el este, para llegar, en poco más de un cuarto de hora, a la última de las cumbres del macizo, Lorricho, señalada cerca de su cima por un pequeño montón de piedras colocadas en este lugar para señalar el paso hacia la casa de Asquegui.

Cerca de Oteros habremos atravesado el campo de juego del mismo nombre, donde en tiempos que «corría el oro y la plata», según gráfica frase del vecino de Montevite que me proporciona esta información, se establecía animado juego de bolos, punto de cita en verano, no sólo de aficionados de aldeas limítrofes, sino también de

jugadores de la Rioja y aun de pueblos de la Ribera navarra.

De Lorricho, si hemos hecho el viaje en vehículo propio y los hemos dejado en Los Huetos, descenderemos, hacia el norte, cosa de media hora, continuando luego en dirección este hasta Pozo Gómara y, poco más allá, al collado de Loyate, siguiendo entonces el camino que trajimos al principio de la excursión.

Si pensamos volver a pie, podemos marchar, sin senda alguna, hacia Huetu Abajo que se divisa a lo lejos, desapareciendo de nuestra vista tan pronto empezamos a descender. A los treinta minutos encontramos un nuevo pozo, Olate, atravesamos pequeña depresión y, por la izquierda de un barranco, continuamos hacia el sur. A los tres cuartos de hora desde Pozo Olate, dejamos el camino que se dirige a Trespuentes, tomando otro que por terreno labrantío nos lleva hasta Mendoza, lugar señorial, con sus dos barrios, Mendibil y Mendioza, y su antiguo torreón que, abrazado amorosamente por trepadora yedra, aún levanta sus vetustas paredes pregonando la prosapia y linaje de los descendientes de este lugar.

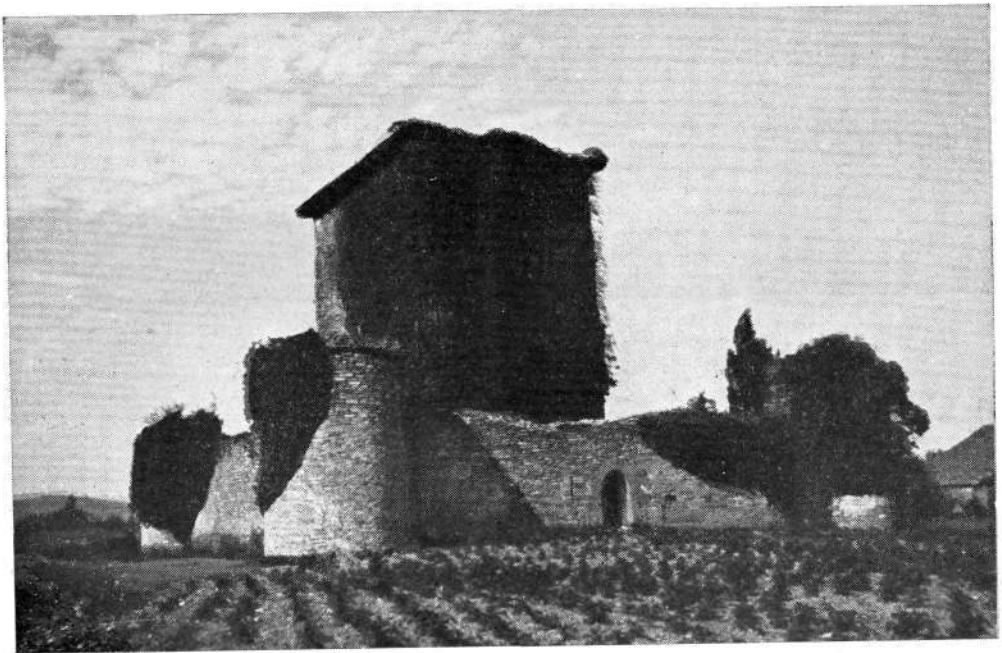
De Mendoza, en menos de dos horas, despreciando la antipática y pesada carretera, nos colocaremos en Vitoria. Para ello seguiremos un camino, que a veces se convierte en sencilla senda, y que, atravesando las heredades y cruzando el río Zalla, nos lleva hasta el elevado pueblo de Estarriena; continuamos a Asteguieta, un momento vamos por la carretera y dejando un primer camino que se dirige al monte, tomamos el que, también por piezas de labor, alcanza el Zadorra, pasa éste y llega a Gobeo, continúa por la orilla del río hasta cerca de San Miguel de Acha, de cuya ermita no queda más que el recuerdo, y ya por cualquiera de los varios caminos que se nos ofrecen hacemos nuestra entrada en Vitoria.

#### PAGAZURI

de la Excursionista «Manuel Iradier»



*Cruz de Ganalto, colocada por la Excursionista «Manuel Iradier»*



*Torreón de Mendoza, abrazado amorosamente por trepadora yedra. . .*

(Fotos G. Lz. de Guernu)